

## **Título: EL GOBIERNO GONZÁLEZ Y LA UNIFICACIÓN ALEMANA**

**Autor: Javier Lion Bustillo. Grupo de Estudios de Historia Actual (GEHA),  
Universidad de Cádiz**

### **1- Introducción**

La apertura del Muro de Berlín en 1989 desató una honda preocupación entre los líderes de los países comunitarios, que tendieron a aceptar la posibilidad teórica de la unidad nacional alemana, pero tratando al propio tiempo de ralentizar dicho proceso exigiendo una serie de cambios previos en la arquitectura institucional y política del continente. Por el contrario, la actitud del gobierno González fue claramente distinta, enfatizando el carácter positivo de los acontecimientos y colaborando para lograr una rápida unificación. No obstante, si la nueva Alemania iba a incorporar los territorios de la RDA, ello implicaría un gran esfuerzo económico y político, lo que lógicamente incidiría en el desempeño de sus papeles tradicionales de motor de la integración europea y de financiador de la misma. Y ese cambio podría tener consecuencias negativas para España, un país inmerso en un proceso de modernización y apertura económica, que debía hacerse compatible con una expansión de las políticas sociales y con una creciente disciplina fiscal, lo que implicaba la importancia de contar con ciertas políticas de cohesión social a escala europea.

La estructura de esta comunicación comenzará con una visión del marco teórico explicativo del final de la Guerra Fría y de la unificación alemana. A continuación se describirá brevemente la importancia para España de su relación con la RFA antes de la unificación. Posteriormente, se hará un repaso de los acontecimientos, señalando las principales características de la posición española desde los primeros síntomas de crisis en la RDA hasta la culminación de la unificación. A partir de ahí, se evaluará esa actitud española empleando para ello los diferentes paradigmas existentes dentro de la teoría de las Relaciones Internacionales, procediendo finalmente a extraer algunas conclusiones.

## 2- Marco teórico del fin de la Guerra Fría y la unificación alemana

El proceso de unificación alemana se halla estrechamente vinculado al del fin de la Guerra Fría, ya que la división de Alemania constituía un reflejo de la propia división del continente. De ahí que los marcos teóricos utilizados para explicar ambos procesos se encuentren entrelazados, aportándonos diferentes visiones sobre qué factores resultaron más determinantes para los cambios acaecidos. Desde una perspectiva realista, dichos cambios constituirían un reflejo de la alteración de los equilibrios de poder surgidos de la II Guerra Mundial, dándose un progresivo declive de la URSS frente a Occidente. La reacción soviética, plasmada en la política de Gorbachov, habría consistido en redimensionar sus compromisos en Europa Oriental, basándose en una mayor autonomía de acción por parte de los líderes comunistas nacionales, los cuales contarían cada vez con menos respaldo financiero de Moscú, lo que condujo a una crisis manifiesta de esos regímenes<sup>1</sup>.

En el caso alemán, ese desequilibrio de poder sería más evidente que en ninguna parte, ya que las dificultades socioeconómicas del régimen de Berlín Este contrastaban con la prosperidad económica y la nueva influencia política de la RFA, convertida en el Estado más poderoso del continente, frente al declive relativo de otros actores como Francia o el Reino Unido, tradicionales partidarios de mantener el *statu quo* surgido de la II Guerra Mundial. Desde esta perspectiva, dichos Estados habrían considerado la posibilidad de una colaboración con la URSS con vistas a obstaculizar la unificación alemana, pero su propia falta de poder y la actitud norteamericana habrían inclinado la balanza en favor de Bonn, que fue capaz de imponer sus intereses en la nueva configuración continental<sup>2</sup>. La principal objeción hacia esta visión con respecto a la actitud de los europeos radica en que lo lógico para Francia y el Reino Unido (de acuerdo con los presupuestos realistas) habría sido el configurar una alianza de contrapeso que evitara la posibilidad de una hegemonía alemana en el continente, la cual debería haber sido apoyada por otros países comunitarios, lo que no tuvo lugar<sup>3</sup>.

---

<sup>1</sup> Lundestad, Geir, “Imperial Overstretch`, Mikhail Gorbachev and the End of the Cold War”, *Cold War History*, vol. 1, 1 (2000), 1-20.

<sup>2</sup> Lion Bustillo, Javier, *La reunificación alemana y la seguridad europea*. Alzira, Edicions La Xara, 2008, pp. 32-38.

<sup>3</sup> Lion Bustillo, Javier, “La reunificación alemana y la Teoría de las Relaciones Internacionales”, *Revista de Historia Actual*, vol. 7, 7 (2009), pp. 136-137.

La escuela liberal centra su visión de la política exterior de los Estados en los intereses de los distintos actores y grupos de presión con capacidad para influir en la misma. Desde esta perspectiva, el fin de la Guerra Fría habría sido ocasionado por un cambio en las élites de poder, de tal modo que Gorbachov y sus seguidores habrían llevado a cabo una reevaluación de los intereses nacionales, otorgando prioridad a los aspectos socioeconómicos en detrimento de la defensa. Pero ello exigía una mejora de las relaciones con Occidente que debía permitir una reducción del presupuesto militar y un creciente reforzamiento de las relaciones económicas entre los bloques. Y precisamente, la RFA constituía el país que mejor podía jugar ese papel de socio de Moscú en razón de sus vínculos históricos (a través de la *Ostpolitik*) y de su gran capacidad económica. Pero el precio a pagar consistía en reabrir la cuestión alemana, evitando el tradicional recurso a la fuerza que Moscú había utilizado en el pasado<sup>4</sup>.

Esta perspectiva ayuda igualmente a comprender el motivo de que tanto Francia como el Reino Unido acabaran aceptando la unificación alemana, ya que los beneficios derivados del mantenimiento de la Comunidad Europea eran demasiado grandes como para renunciar a ellos, a pesar de que los cambios acaecidos reducían su influencia en el continente. Por otra parte, también se explicaría el deseo del Canciller Kohl de llevar a cabo una unificación muy rápida, ya que le aportaba un triunfo político decisivo desde el punto de vista de la política interna. No obstante, una objeción válida sería por qué la reacción en distintos países comunitarios fue poco cooperativa con Bonn si esos beneficios derivados de la pertenencia a la CE eran tan evidentes para todos y querían conservarse a toda costa<sup>5</sup>.

Por último, la perspectiva constructivista pone el énfasis en que los intereses de los Estados no serían objetivos, sino que constituirían el resultado de una construcción social a partir de la propia subjetividad. Los Estados ajustarían su comportamiento a la percepción de lo que constituye su propia identidad, creada a partir de ideas surgidas mediante procesos tales como el aprendizaje y la socialización. Así, en el caso del final de la Guerra Fría, se puede rastrear la aparición en la URSS de un “Nuevo Pensamiento” a través del establecimiento de relaciones con Occidente y como

---

<sup>4</sup> Doyle, Michael, “Liberalism and the End of the Cold War”, en Richard Ned Lebow y Thomas Risse-Kappen (eds.), *International Relations Theory and the End of the Cold War*. Nueva York, Columbia University Press, 1995, pp. 85-108.

<sup>5</sup> Lion Bustillo, Javier, “La reunificación alemana y la Teoría”, op. cit., pp. 138-139.

consecuencia de los importantes fracasos que la política soviética vivió en los años precedentes. De ahí que la nueva élite gorbachoviana aspirara a la liberalización interna del régimen, a una redefinición de las relaciones con los aliados del Pacto de Varsovia (plasmada en el abandono de la Doctrina Breznev) y a una política de entendimiento con Occidente<sup>6</sup>.

En el caso alemán, el tejido de vínculos entre Bonn y Moscú creado por la *Ostpolitik* habría tenido como efecto no sólo el alcanzar unas relaciones económicas más relevantes, sino sobre todo el crear un clima de confianza entre ambos actores, que fue decisivo a la hora de dar una respuesta a los acontecimientos del verano y otoño de 1989 en la RDA, con un éxodo masivo de refugiados. En tales circunstancias, Kohl y Gorbachov intentaron buscar conjuntamente una solución que evitara cualquier estallido violento. Esa confianza habría permitido igualmente el desmantelamiento controlado del régimen de Berlín Este, así como el alcanzar acuerdos sobre la nueva estructura de seguridad continental, además de otorgar ciertas garantías alemanas a la URSS, abriendo el camino a la definitiva unidad alemana. El relato constructivista también serviría para explicar las razones de que el Reino Unido o Francia renunciaran a una política de contrapeso formando una alianza frente a Alemania: ésta no era ya percibida como una amenaza directa, valorándose el papel de Bonn como motor de la integración europea y su notable contribución financiera al funcionamiento del sistema comunitario. No es que no existieran recelos ante el poder alemán, sino que la visión dominante ya no era la de una Alemania que buscaba la hegemonía continental. En cuanto a las críticas, éstas se centran en que el constructivismo basa buena parte de sus análisis en la retórica de los actores implicados, la cual es susceptible de ocultar sus verdaderas intenciones. Así, la vocación europeísta de la RFA podría ocultar unas intenciones basadas en sus intereses<sup>7</sup>.

---

<sup>6</sup> Bennett, Andrew, "The Guns That Didn't Smoke: Ideas and the Soviet Non-Use of Force in 1989", *Journal of Cold War Studies*, vol. 7, 2 (2005), pp. 92-93. English, Robert, "The Sociology of New Thinking, Elites, Identity Change, and the End of the Cold War", *Journal of Cold War Studies*, vol. 7, 2 (2005), pp. 51-60.

<sup>7</sup> Forsberg, Tuomas, "Economic Incentives, Ideas, and the End of the Cold War: Gorbachev and German Unification", *Journal of Cold War Studies*, vol. 7, 2 (2005), pp. 152-161. Sobre los lazos de la *Ostpolitik*, Garton Ash, Timothy, *In Europe's Name: Germany and the Divided Continent*. Nueva York, Random House, 1994, pp. 248-252. Lion Bustillo, Javier, "La reunificación alemana y la Teoría", op. cit., pp. 142-143.

### **3- Las relaciones entre España y la RFA antes de la unificación**

Las relaciones hispano-alemanas durante los años 80 experimentaron un período de gran reforzamiento merced a la conjunción de intereses entre ambos países y su colaboración en la arena europea. España se hallaba inmersa en un proceso de transición política y económica, que precisaba de un entorno exterior favorable, considerándose que la Comunidad Europea serviría tanto para apuntalar la nueva democracia como para incentivar la aceptación por parte de los agentes sociales de los sacrificios necesarios para modernizar la economía y adaptarla al nuevo contexto internacional. Por otra parte, la CE no facilitaba sólo el acceso a nuevos mercados para los productos españoles, sino que aportaba el apoyo financiero del presupuesto comunitario (por ejemplo en el terreno agrícola o en políticas estructurales), lo que haría más sencilla la implementación de las reformas<sup>8</sup>.

Sin embargo, esta voluntad de acceso a la CE chocó con las reticencias de aquellos países (Francia, Grecia) cuyas economías podían verse perjudicadas por la competencia española. Por el contrario, la RFA mostró de forma continua un destacado apoyo a la ampliación, valorando la misma sobre todo desde un punto de vista de la seguridad, ya que consideraba que la estabilización del flanco sur de la OTAN resultaba primordial para garantizar la cohesión de la organización en unos momentos difíciles. Por otra parte, el mercado español era lo suficientemente grande como para resultar atractivo para la competitiva industria alemana. En el lado negativo, resultaba evidente que el ingreso de un nuevo socio del peso demográfico español, dotado de un nivel de prosperidad claramente por debajo de la media comunitaria, implicaría necesariamente en el futuro un incremento de la contribución alemana al presupuesto de la CE, pero en cualquier caso el tamaño de ese presupuesto era muy reducido y las ventajas derivadas de la ampliación parecían ser mucho más sustanciosas que los inconvenientes<sup>9</sup>.

Si los intereses comunes sirvieron para acercar a España y la RFA durante los años 80, también los factores ideológicos jugaron un papel favorable. Ambos países habían

---

<sup>8</sup> Gómez Castañeda, Juan, "La economía de la democracia española (1975-1993)", en Rafael Calduch (ed.), *La política exterior española en el siglo XX*. Madrid, Ed. Ciencias Sociales, 1994, p. 174.

<sup>9</sup> Rodrigo, Fernando y Torreblanca, Jose I., "Germany on my mind?. The Transformation of Germany and Spain's European Policies", en Heinrich Schneider, Mathias Jopp y Uwe Schmalz (eds.), *Germany's (New) European Policy- External Perceptions*. Berlín, Institute Für Europäische Politik, 2001, pp. 73-77.

carecido en las últimas décadas de cualquier contencioso histórico que constituyera un elemento de fricción. Asimismo, el hecho de que España no formara parte de los países ocupados por la *Wehrmacht* durante la II Guerra Mundial impidió el que se crearan entre la opinión pública unos sentimientos antialemanes, tal como ocurrió en otros lugares. Por otro lado, la imagen existente entre la población española con respecto a la RFA era la de un país que había llevado a cabo una exitosa reconstrucción económica, basada en su avanzada tecnología, constituyendo además un modelo de Estado de Bienestar generoso en sus políticas de redistribución, de tal modo que la RFA pasó a ser el ejemplo que una proporción significativa de españoles deseaba imitar. Finalmente, la postura alemana en favor del ingreso español en la CE apuntaló aún más esa imagen positiva, creando igualmente unos fuertes vínculos entre las élites gubernamentales de ambos países, al margen del diferente signo político de los gobiernos de Madrid y Bonn. El hecho de que el gobierno González optara por apoyar el despliegue de los *euromisiles* en la RFA y la permanencia de España en la OTAN reforzó claramente esos vínculos<sup>10</sup>.

Esta sintonía positiva se prolongó tras la entrada de España en la CE, momento en el cual la diplomacia de Madrid trató de acercarse al núcleo francoalemán como sistema para reforzar su posición internacional. En este sentido, el gobierno era consciente de la precariedad de los instrumentos de proyección de la política exterior española, siendo preciso el soporte de otros actores. La europeización de una parte sustancial de esa política podía resultar un instrumento adecuado, ya que el peso internacional de la CE podía ser utilizado para la defensa de los intereses españoles. Pero esto sólo era posible si la CE avanzaba en el camino de la cooperación en el marco de su política exterior y si la sintonía de España con el eje francoalemán aportaba resultados positivos, de tal manera que los intereses españoles resultaran compatibles con los de estos países. Por otra parte, esta visión encajaba bien con la ideología europeísta dominante en el gobierno González, formado por personas que procedían de una generación que había visto en Europa el instrumento de cambio y modernización que España precisaba para su transformación. En este sentido, ideología e intereses resultaban claramente complementarios<sup>11</sup>.

---

<sup>10</sup> Ibid.

<sup>11</sup> Torreblanca, José I., "Ideas, Preferences and Institutions: Explaining the Europeanization of Spanish Foreign Policy", *ARENA Working Papers*, WP 01/26, Oslo (2001), pp. 12-14 y 24-25.

El reflejo de estas consideraciones se dio con el apoyo español a la postura francoalemana en la negociación del Acta Única Europea, con la posición constructiva de Madrid en las actividades de la Cooperación Política Europea y con la entrada en el Sistema Monetario Europeo. En otras palabras, el gobierno González consideraba que España debía comprometerse a estar presente en cualquier núcleo de vanguardia en la integración. Dada la voluntad de las autoridades de Bonn de promover el avance de ésta, la postura española fue considerada muy constructiva, por lo que las relaciones bilaterales fueron elevándose de nivel, hasta alcanzar una regularidad en los contactos que situó a España entre los aliados más estrechos de la RFA. Sólo existía un área en el que el gobierno Kohl era reticente a promover la integración, el de la Unión Económica y Monetaria (UEM), pero en este terreno la posición española coincidía con la de Estados como Francia o Italia: se deseaba una unión monetaria que pusiera fin a la hegemonía que *de facto* ejercía el marco alemán dentro del Sistema Monetario Europeo. En este campo, la gran mayoría de los socios comunitarios apoyaba una moneda única, pero las reticencias de la opinión pública alemana a desprenderse del marco colocaban al gobierno Kohl en una posición muy difícil, ya que su retórica europeísta chocaba con su escaso interés en avanzar en la integración monetaria. Sin embargo, las presiones de sus socios condujeron a la aceptación del Plan Delors para una Unión Económica y Monetaria (UEM) en la Cumbre de Madrid (junio de 1989), en la cual el papel de la presidencia española de la CE resultó de gran peso para alcanzar el acuerdo final. No obstante, la posibilidad de que dicha unión se hiciera realidad resultaba enormemente cuestionable<sup>12</sup>.

#### **4- Primeras reacciones a los cambios en la RDA**

El verano de 1989 fue testigo del inicio de una revolución pacífica por parte de la población de la RDA, la cual demandaba inmediatas reformas en el sistema y cuestionaba crecientemente la legitimidad de las autoridades. Éstas no contaban ya con el respaldo de Moscú, que las animaba a emprender cambios, por lo que finalmente

---

<sup>12</sup> Sebastián, Miguel, "Spain in the EU: Fifteen Years May Not Be Enough", *Working Paper*, Center for European Studies, Universidad de Harvard (2001), pp. 8-17. Padoa-Schioppa, Tommaso, *The Road to Monetary Union in Europe: The Emperor, the Kings and the Genies*. Oxford, Clarendon Press, 1995, pp. 57-58. Ross, George, *Jacques Delors and European Integration*. Oxford, Polity Press, 1995, pp. 82-84.

recurrieron a tratar de disolver la presión popular mediante la apertura del Muro de Berlín. Sin embargo, el efecto de estos acontecimientos fue contraproducente, ya que dicha apertura provocó un éxodo poblacional de proporciones gigantescas, generando un gran riesgo de inestabilidad que podía afectar a la propia RFA<sup>13</sup>.

La respuesta de Bonn resultaba compleja, ya que si por un lado se deseaba la caída de la RDA, por otro se temía que en ese entorno de caos se pudieran producir actos de violencia que desembocaran en una intervención militar soviética. Por otra parte, el gobierno Kohl era consciente de que los acontecimientos en la RDA abrían nuevamente la “cuestión alemana”, ya que implicaban la posibilidad de redefinir las relaciones entre ambos Estados alemanes, si bien ello despertaba temor en numerosas capitales europeas. Así, el Presidente Mitterrand reconoció desde un punto de vista teórico el derecho a la autodeterminación del pueblo alemán, pero supeditándolo al mantenimiento de la estabilidad continental, por lo que era preciso configurar previamente un nuevo orden de seguridad para Europa. Por su parte, la Primera Ministra británica, Margaret Thatcher, se mostró muy reticente ante los cambios, al igual que la gran mayoría de los líderes comunitarios. En definitiva, existía entre éstos un ambiente de suspicacia ante los nuevos acontecimientos, los cuales estaban conduciendo a una revisión del orden surgido de la II Guerra Mundial, muy favorable para esos países, ya que los había protegido de cualquier nuevo intento alemán en busca de alcanzar su hegemonía continental. En esas circunstancias había sido posible la construcción del experimento comunitario, que había mantenido la paz continental al tiempo que constituía un marco de cooperación positivo para todos ellos. Las suspicacias no implicaban que existieran grandes temores ante el resurgimiento de una Alemania revisionista que exigiera un cambio de las fronteras, sino que más bien se temían dos posibilidades: que esa Alemania unida fuera mucho menos europeísta y pasara a adoptar un papel más unilateral en la escena internacional; o que mantuviera sus lazos con la CE, pero que su creciente peso y poder la convirtieran cada vez más en la potencia hegemónica del continente, a costa de los intereses de sus aliados. En uno u otro caso, las consecuencias serían negativas para sus socios<sup>14</sup>.

---

<sup>13</sup> Pond, Elizabeth, *Beyond the Wall. Germany's Road to Reunification*. Washington, The Brookings Institution, 1993, pp. 96-120.

<sup>14</sup> Diekmann, Kai y Reuth, Ralf Georg, *Helmut Kohl: yo quise la unidad de Alemania*. Barcelona, Círculo de Lectores, 1997, pp. 92-93. Lion Bustillo, Javier, *La Comunidad Europea ante la unificación alemana (1989-1990)*. Tesis Doctoral inédita, Universidad de Cádiz, 2004, pp. 180-201.

Por el contrario, la postura española se distanció nítidamente de lo anterior. Precisamente, Felipe González fue el primer dirigente internacional en felicitar al Canciller Kohl tras la caída del Muro, resaltando además el carácter positivo de la misma para Europa. Igual posición fue la sostenida por España en la reunión informal de Jefes de Estado y de Gobierno de la CE que tuvo lugar en París el 19 de noviembre, en la que el ambiente predominante era el de desconfianza hacia la RFA, con Margaret Thatcher y el Primer Ministro holandés Ruud Lubbers liderando a quienes se mostraban muy críticos con la posibilidad de la unidad alemana. Para ellos, lo prioritario era el consolidar la situación de Gorbachov mediante el mantenimiento del *statu quo* en Europa. Otros actores, como los dirigentes de Portugal (Aníbal Cavaco Silva) y Grecia (Andreas Papandreu) expresaron su temor a que la nueva atención dedicada al Este implicara una pérdida de interés por la Europa meridional, lo que podía ser un obstáculo para el desarrollo de ésta. Por el contrario, Felipe González fue nuevamente el principal valedor de la posición del gobierno Kohl, aportando una visión positiva de los cambios<sup>15</sup>.

En este ambiente de enfrentamiento interno, poco a poco se fue abriendo paso la idea francesa de vincular los cambios en la RDA con el reforzamiento de la CE, que se debía plasmar prioritariamente en la aprobación de la UEM. Si embargo, el gobierno Kohl era reticente ante ese paso, al tiempo que los desencuentros franco-alemanes relativos a la RDA resultaron constantes, ya que mientras París aspiraba a ver una suave transición en ese país que condujera a unas elecciones libres y a la estabilización de la situación, desde Bonn se prefería una reforma drástica que transformara el sistema político y económico en un período breve, al tiempo que se consideraba que era preciso dar pasos más decididos en el acercamiento entre ambos Estados alemanes, ya que la situación se estaba haciendo cada vez más volátil. En este debate, la actitud española se situó en un punto intermedio, ya que respaldaba la intención francesa de aprovechar las circunstancias históricas para otorgar un impulso a la UEM, asegurando el respaldo de Bonn, pero al propio tiempo el gobierno de Madrid consideraba que los acontecimientos en la RDA estaban más allá de la capacidad de control de los mismos por parte de las

---

<sup>15</sup> Teltschik, Horst, *329 días: desde la caída del Muro hasta la reunificación alemana*. Barcelona, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 1994, 35. Lion Bustillo, Javier, *La Comunidad Europea*, op. cit., pp. 195-196 y 207-211.

autoridades de Berlín Este. Por ello, resultaba inútil el pretender apuntalar el Estado germanooriental, ya que países como Francia carecían de la necesaria capacidad financiera para ello. Así, el convencimiento de que solamente la RFA podía aportar el apoyo necesario para estabilizar la economía germanooriental hacía que fuera inevitable el contemplar la perspectiva de la unidad en un plazo no demasiado largo. En otras palabras, el pretender entorpecer la unidad era una misión baldía, y por lo tanto los esfuerzos debían concentrarse en que los europeos fueran capaces de influir sobre las condiciones de la misma, de tal manera que se pudiera preservar la CE, que se aprovechara la ocasión para avanzar en la integración y que los socios comunitarios no se vieran perjudicados por la unidad alemana<sup>16</sup>.

## **5- Una respuesta europea**

Las elecciones de marzo de 1990 en la RDA otorgaron un rotundo triunfo a la Alianza por Alemania, una coalición dominada por la Unión Cristianodemócrata (CDU), que había recibido el firme apoyo de sus correligionarios de la RFA. Ello supuso el fin de cualquier esperanza de alargar el proceso de unidad nacional, el cual trataba de ser acelerado desde Bonn por distintas razones: evitar la inestabilidad existente; cortar el éxodo de refugiados; animar la inversión exterior en la RDA; y lograr una victoria política que mejorara la posición del Canciller con vistas a las elecciones generales de la RFA en diciembre de 1990. Para ello, el camino elegido fue el de lanzar una unión económica y monetaria interalemana que establecería una moneda común para ambos Estados, de tal modo que la economía germanooriental quedaría plenamente en manos de Bonn y permitiría acelerar el proceso de unidad política<sup>17</sup>.

Sin embargo, tal proceso chocaba de lleno con las normas comunitarias, ya que suponía de hecho una ampliación del territorio de la CE sin que se hubieran adoptado los mecanismos previstos para tal caso. Esta inclusión poseía un importante componente desestabilizador, ya que (a pesar de las reformas en marcha) no se trataba de una economía de mercado, al tiempo que el impacto de la unión monetaria alemana sobre el marco podía generar dificultades, las cuales repercutirían inevitablemente sobre los demás países del Sistema Monetario Europeo. Por todo ello, era preciso el llevar a cabo

---

<sup>16</sup> Lion Bustillo, Javier, *La Comunidad Europea*, op. cit., pp. 235-248.

<sup>17</sup> Marsh, David, *Germany and Europe. The Crisis of Unity*. Londres: Mandarin, 1994, pp. 28-32 y 69-74.

en el seno de la CE una negociación entre Bonn y sus socios para preparar un proceso de ampliación comunitaria *sui generis* que se adaptara a las especiales circunstancias del caso alemán. El Presidente de la Comisión Europea, Jacques Delors, comprendió rápidamente la urgencia de la situación y la necesidad de facilitar a la RFA una salida europea que le permitiera conciliar sus compromisos comunitarios con su deseo de unidad nacional, lo que se plasmó en una Comunicación de la Comisión que preveía la vía de integración de los territorios de la RDA en la CE, mientras se exigía al Canciller Kohl que se comprometiera con la UEM. Tras las elecciones en la RDA, la actitud de los distintos socios comunitarios se hizo mucho más constructiva, sumándose a la estrategia delorsiana como medio de evitar que la futura Alemania unida pudiera tener la tentación de desligarse de sus compromisos con Occidente<sup>18</sup>.

Para España, la principal preocupación radicaba en que el proceso de unidad alemana implicaba un cambio evidente de los equilibrios económicos dentro de la CE. Hasta entonces, la RFA había sido un Estado muy próspero, que merced a su tamaño y riqueza había financiado una parte considerable del presupuesto comunitario, además de ostentar un papel de gran inversor en otros Estados. A partir de la unificación, la nueva Alemania se convertiría en un país que albergaría a algunas de las regiones más pobres de la CE, las cuales deberían recibir cuantiosas inversiones y fondos de protección social con vistas a adaptarse a una nueva economía. Por lo tanto, era de prever un enorme esfuerzo inversor en los *Länder* orientales, además de reforzar sus políticas de redistribución, de tal modo que ello constituiría una fuerte carga para el erario público alemán, que difícilmente estaría en condiciones de hacer frente a sus compromisos europeos. El resultado podría ser un aumento del déficit y la deuda públicos, así como de la inflación, lo que podía conducir al *Bundesbank* a incrementar los tipos de interés, contagiándose esto al conjunto de la CE. En otras palabras, existía la sospecha de que esas circunstancias pudieran propiciar el desencadenamiento de una crisis económica a escala europea, que tendría una repercusión aún más dura en aquellos países que, como España, poseían una economía más débil y dependiente de la financiación exterior y que debían de pagar unos tipos de interés más altos para la misma. Por otra parte, los nuevos *Länder* se convertirían en competidores directos de las regiones españolas tanto en el terreno comercial (por ejemplo, su industria siderúrgica y naval podía ser rival de la

---

<sup>18</sup> Ross, George, *Jacques Delors*, op. cit., pp. 49-50. Comisión de las Comunidades Europeas, La Comunidad y la unificación alemana. Bruselas, 20/04/1990, *Boletín CE* 4-1990.

española en razón de su nivel tecnológico) como en el de alcanzar las ayudas estructurales comunitarias<sup>19</sup>.

En la Cumbre de Dublín del mes de abril de 1990, los dirigentes comunitarios debatieron estas cuestiones, en las que el Presidente González y otros líderes de los Estados menos prósperos pusieron el acento en garantizar que la ampliación hacia los nuevos *Länder* no se hacía a su costa. Este temor fue rápidamente disipado por el Canciller Kohl, quien renunció a que los nuevos *Länder* pudieran beneficiarse de las ayudas comunitarias y que trató de asegurar a sus colegas que el compromiso alemán con su modernización y desarrollo seguiría manteniéndose firme en el futuro. Además, González llevó a cabo igualmente una importante contribución a la hora de convencer a los Estados más reticentes de que aceptaran la Comunicación de la Comisión, cuya filosofía se centraba en permitir un fácil acceso de los territorios de la RDA a la RFA y a la CE, acortando al máximo los períodos transitorios. En otras palabras, el objetivo del Canciller Kohl, coronado por el éxito gracias a la colaboración entre otros de Jacques Delors y de Felipe González, consistió en convencer a sus socios de que la unificación sería un asunto predominantemente interno y que sus consecuencias para los europeos serían poco relevantes<sup>20</sup>.

Al propio tiempo, un grupo de países liderado por Francia (y que incluía a España) presionó igualmente para vincular la unificación alemana con la profundización de la integración europea. En lo relativo a la dimensión política de ésta, la propia RFA deseaba un fuerte impulso a la integración, el cual debía permitir una agilización en el mecanismo de toma de decisiones, además de dotar a la CE de una mayor capacidad de acción en la esfera internacional. Pero las dificultades se daban en el terreno de la UEM, ya que Kohl era consciente de la fuerte resistencia que existía en su país a abandonar el marco. De ahí que esta presión sobre la RFA se hiciera muy fuerte, consiguiéndose que el Canciller fuera comprometiéndose cada vez más en el camino de la UEM, un

---

<sup>19</sup> Casanova, Raquel, “La unificación alemana: efectos económicos sobre la CEE y España”, *Boletín Económico ICE*, 25-31 de marzo, pp. 998-1003, y 8-14 de abril de 1991, pp. 1095-1103. Bernecker, Walter L., “España y Alemania en dos momentos decisivos de sus historias: la transición española y la reunificación alemana”, en *Iberoamericana*, vol. VII, n° 26 (2007), pp. 161-162.

<sup>20</sup> “La RDA entrará en la CE en el momento de la unificación”, *El País*, 21/04/1990. “El Consejo fue suave gracias a Thatcher, según Felipe González”, *El País*, 21/04/1990. Anderson, Jeffrey, *German Unification and the Union of Europe*. Cambridge, Cambridge University Press, 1999, pp. 35-36. Diekmann, Kai y Reuth, Ralf Georg, *Helmut Kohl*, op. cit., pp. 312-314.

esfuerzo que fue coronado en la Cumbre de Maastricht (diciembre de 1991)<sup>21</sup>. En otras palabras, los Estados comunitarios acabaron aceptando un proceso de ampliación *sui generis* a cambio de garantizar que la futura Alemania unida continuaría firmemente vinculada al proyecto europeo, lo cual debería quedar asegurado mediante la aceptación alemana de la UEM. Tal como rezaba el tradicional eslogan de la política exterior alemana durante la posguerra, en este caso unidad alemana y europea sí fueron las dos caras de la misma moneda.

## **6- España y los resultados del proceso**

No cabe duda que la posición española ante la unificación alemana se diferenció con claridad de la mantenida por la mayoría de los países de la CE, caracterizándose por una apreciación positiva de los cambios en la RDA y por el apoyo al avance hacia la unidad nacional, siempre y cuando dicho proceso tuviera lugar dentro de la CE, lo que debía suponer una reafirmación del compromiso de la Alemania unida con la construcción europea. Sin embargo, resultaba evidente que los acontecimientos al otro lado del Muro transformarían los equilibrios internos dentro de la propia CE, ya que la futura Alemania podría ensimismarse en sus propios problemas derivados de la unidad, al tiempo que cabía la posibilidad de que su atención financiera a los nuevos territorios condujera a una pérdida de interés en el desarrollo y la modernización de la Europa meridional y, por tanto, de España. En este sentido, si la Comisión Europea estaba desarrollando por entonces un ambicioso proyecto para expandir los Fondos Estructurales, de tal suerte que se reforzaran los mecanismos internos de solidaridad y redistribución, las nuevas necesidades financieras de la RFA podían conducir a que las autoridades de Bonn se mostraran poco interesadas en tales avances, lo que perjudicaría gravemente los intereses españoles.

Por todo ello, resulta conveniente preguntarse qué razones condujeron al gobierno González a adoptar una posición tan favorable a la unidad alemana. Desde una perspectiva realista, el reforzamiento del poder alemán derivado de la consecución de su unidad nacional y del fin de las restricciones legales establecidas por los aliados a su

---

<sup>21</sup> “La unificación alemana acelera la construcción europea”, *El País*, 25/04/1990. Attali, Jacques, *Verbatim III*. París, Fayard, 1995, p. 482. “Thatcher Resists Talks on EC Political Union”, *The Times*, 21/04/1990.

soberanía implicaban que quedaría abierto el camino hacia las tentaciones hegemónicas alemanas. Si hasta entonces la RFA había sido un fiel aliado y un actor firmemente comprometido con la construcción europea, una vez recobrada su unidad y soberanía resultaba probable que su actitud fuera más decidida a la hora de maximizar sus propios intereses, por lo que la opción más lógica por parte de sus aliados habría sido la de crear una alianza que contrapesara el poder alemán (*balancing*), tal como sugirió claramente Margaret Thatcher. Sin embargo, la mayoría de los europeos fue contraria a esta posibilidad, ya que ello habría supuesto destruir el experimento comunitario, el cual era visto favorablemente en la mayoría de los países.

Por otro lado, hay autores realistas que creen que las alianzas de contrapeso no son necesariamente la posibilidad más apreciada por los Estados que conviven con un actor hegemónico. Así, cabría la posibilidad de unirse a dicho *hegemon* con la esperanza de que éste tenga en cuenta los intereses de sus aliados (*bandwagoning*). No obstante, un país con poder limitado como España difícilmente podía resultar prioritario para una potencia hegemónica continental, por lo que resultaba difícil que una estrategia de *bandwagoning* por parte española garantizara que la futura Alemania prestara especial atención a sus intereses<sup>22</sup>.

La corriente liberal nos habla de la existencia de intereses comunes entre determinadas élites y grupos de presión alemanes y españoles que habrían sido útiles para articular una política muy próxima entre ambos países. Pero la realidad no aporta casi ningún respaldo a esto. Es cierto que existía una buena sintonía entre ambos jefes de gobierno y entre las élites gubernamentales de ambos países, pero esos mismos lazos los poseía la RFA con otros países europeos (sobre todo Francia), sin que por ello la posición de éstos fuera tan favorable a la unificación. Por otra parte, el hecho de que España fuera un receptor neto de fondos europeos hacía difícil el conciliar sus intereses con el ingreso de los nuevos *Länder*, que serían claros competidores con muchas regiones españolas en el terreno económico y en la pugna por las ayudas europeas.

Nos queda, por tanto, la tesis constructivista, según la cual el gobierno español poseía una percepción diferente de los acontecimientos en Alemania. Ello se debió a una serie

---

<sup>22</sup> Sobre la estrategia de *bandwagoning*, Schroeder, Paul W., "Historical Reality vs. Neo-Realist Theory", *International Security*, vol. 19, 1 (1994), pp. 108-148.

de factores favorables: la inexistencia de una animosidad histórica contra ese país entre la población española, el notable apoyo prestado desde la RFA a la oposición española durante la fase final de la dictadura y el respaldo otorgado al ingreso de España en la CE. Por otra parte, esas élites gubernamentales habían experimentado una socialización política en la que la idea de una Europa unida constituía el elemento central de su visión de la política exterior, equiparando unidad europea con democracia y libertad. Igualmente, la experiencia de la dictadura y de su oposición a la misma les hacía proclives a ver con simpatía la caída de la dictadura germanooccidental y la democratización de la RDA. Y si tal desarrollo conducía a la unidad nacional alemana, no existía entre la élite gubernamental una especial prevención frente a un resurgimiento del revanchismo alemán. Sin embargo, podemos preguntarnos si algunos de estos factores no se hallaban igualmente presentes entre los responsables de los gobiernos de otros Estados comunitarios, a pesar de lo cual su reacción fue mucho más negativa ante la perspectiva de la unidad alemana<sup>23</sup>.

Por ello, podemos decir que la élite gubernamental española estaba favorablemente predispuesta hacia la unidad alemana, considerando que la respuesta más apropiada radicaba en “más Europa”. Pero esta favorable disposición se complementó con un análisis de cálculo de poder, ya que el gobierno González comprendió la futilidad de tratar de mantener a flote de manera artificial a la RDA, algo que estaba lejos de las posibilidades reales de los países europeos. En esas circunstancias, Felipe González optó por seguir el camino articulado desde la Comisión Europea por Jacques Delors, basado en facilitar la inclusión de la RDA en la CE a cambio de lograr el apoyo de Kohl a la aceleración de la unidad europea, mediante la UEM. De hecho, el resto de los países europeos acabaron uniéndose a esta visión, por lo que la posición española resultó en este caso adecuada a la realidad continental, apuntándose así un tanto diplomático de primera magnitud.

## **7- Conclusiones**

Una mezcla de consideraciones realistas y de ideas sobre Europa determinó que España adoptara una reacción diferenciada con respecto a la caída del Muro de Berlín y la

---

<sup>23</sup> Sobre la favorable predisposición del gobierno español, Bernecker, Walter L., op. cit., pp. 159-160.

unificación alemana, en la que la propia Historia del país y las experiencias de sus élites políticas condicionaron su respuesta a los acontecimientos. En este contexto, el análisis realizado desde el gobierno resultó adecuado a las circunstancias históricas y a los equilibrios de poder existentes en la etapa final de la Guerra Fría. De ahí que la respuesta española fuera coherente tanto con la propia ideología europeísta dominante en el gobierno como con la percepción de que sólo la RFA poseía los medios y la voluntad política necesarios para estabilizar la RDA. Esta visión, compartida por Jacques Delors, acabó imponiéndose en la práctica, lo que permitió impulsar la integración europea y responder a la crisis de la RDA a través de la unidad alemana. Sin embargo, lo que no fue posible fue el evitar que los efectos negativos de este proceso acabaran afectando al conjunto de Europa y a la propia España.